

Francisco Santana

La nueva generación de cuentistas



LOS que profesan la crítica literaria pocas veces han planteado el problema de las generaciones en Chile. Sólo la de 1842 y la de 1900 han sido estudiadas, pero sin el criterio y amplitud necesarios como para quedar sin interrogantes. Igual ocurre con la aparición de los géneros literarios. En este sentido puede decirse que el cuento es lo único estudiado en forma satisfactoria. ¿Hay temores, o indisposición, o falta de tiempo? ¿O es que estos tópicos no valen la pena desarrollarlos? ¿O es que no existe interés por conocerlos? Sin embargo, creemos que es algo importante para el conocimiento de la historia de nuestras letras. Es tiempo ya de que los gustadores de estas materias, profesores, ensayistas o críticos, hilvanen sus juicios, y sobre todo, que no se espere la llegada de tal o cual estudiante extranjero para que se realicen estas investigaciones.

Para bosquejar la nueva generación de cuentistas, nos apoyaremos en una crónica publicada, hace justamente diez años, por Simbad, en la revista Hoy. Se titulaba «Cuentos y Cuentistas». Había gracia, sutileza, ironía, y además, gran parte de razón. Salvador Reyes en esa oportunidad habló del cuento y de la función del crítico, que es el eterno problema de la vida intelectual.

Antes de pasar más adelante, tocaremos con brevedad lo concerniente a la crítica, por estar íntimamente relacionada con nuestra materia. Siempre han llamado la atención las posiciones de nuestros enjuiciadores profesionales que, a veces, se comportan arbitrarios, o que ejercen sus funciones con normas fuera de tiempo, con o sin sensibilidad. En buenas cuentas al margen de la creación e intención de los escritores. Puede decirse que esto acontece hoy, y es lo que sucedió hace diez años, y con seguridad ha de continuar sin término. De ahí que las aptitudes desorientadoras de los críticos hayan sido señaladas por los escritores como negativas. Y decimos esto a propósito de la nueva generación de cuentistas que ha sido juzgada con estrecha visión. Por esto, Simbad, después de leer un artículo crítico sobre el cuento, decía con sugerente intención: «Pero no saqué nada en limpio. Casi siempre ocurre así cuando uno lee a los críticos literarios. Lo único que la crítica enseña en Chile es a darse cuenta de que la crítica no sirve para nada». De esto hace diez años. Hoy, muchos escritores, y parte de lectores, repiten lo mismo. ¿Es que la crítica permanece estática? ¿Carece de esa savia creadora que hace avanzar los demás géneros literarios? ¿Por qué lleva un ritmo desacompañado con la evolución intelectual? Es el caso que el cuento, la novela, y la poesía caminan visiblemente por horizontes nuevos. Esto se debe, seguramente, a las generaciones que surgen con una mentalidad diferente y desde luego, con una visión renovadora. Todas las innovaciones tienen un fin, un propósito que hay que apreciar, y estimular. Pero ha habido incompreensión, desdén, y se han tomado estas manifestaciones de una manera humorística. Nos acercamos, pues, a este estado sintomático, de lucha y de desdén, y lo consideramos como uno de los elementos indicadores para precisar el nacimiento del grupo de cuentistas que forman la nueva generación.

No adoptaremos actitudes presuntuosas ni de iluminados, sino de observadores, ni trataremos tampoco de llevar a cabo una

crítica en su sentido estricto. Formularemos una opinión basándonos tanto en la edad como en la técnica o estilo de los escritores.

La crónica de Simbad «Cuentos y Cuentistas», que ya hemos citado, promovió una polémica acerca del Cuento en Chile. Apareció en marzo de 1938. Miguel Serrano, joven escritor había publicado anteriormente en La Nación un ensayo «Algo sobre el Cuento en Chile», y sintiéndose aludido contestó en uno de los números de mayo de la misma revista Hoy, «Respondiendo a Simbad». Sostiene en esta respuesta lo que afirmaba en el artículo del diario, o sea «que del cuento chileno no se puede decir nada», y que «el cuento nace hoy en América nuestra y en especial en Chile». En esa oportunidad negaba en primer lugar, toda la producción de nuestro pasado, y en segundo lugar consideraba que el cuento, propiamente tal, estaba en manos de un grupo de jóvenes que aún no habían publicado sus obras en volumen alguno. Refiriéndose a este grupo, dice que son «todos ellos desconocidos, tal vez en absoluto, del que lee». Sin embargo existiendo, entre nosotros auténticos cuentistas, que escriben bastante el cuento, se ha publicado muy poco. Mejor dicho, no se ha publicado nada». De esta manera comienza a presentarse la nueva generación. Jóvenes que trabajan, que se critican, seguramente con buenos propósitos, y se encierran en su círculo, para saltar repentinamente con sus obras inéditas, laboradas tan pacientemente. Pero ya llegará el momento, y muy pronto, de que se conozcan esas producciones. Mientras tanto podemos saber lo que piensan del cuento, su teoría de empinada y juvenil arrogancia. «El cuento es un género intermedio, si se quiere, entre la novela y el poema, no debiendo existir, sin embargo, cuentos poemáticos, o bien de narración. Es así un mundo propio, cerrado, o abierto, con existencia en sí, con su ley, o con sus leyes propias, con sus dolores con sus placeres con sus incomodidades y con sus comodidades propias. Vive ese mundo, como vive una piedra definitiva, como vive un pájaro o un senti-

miento». Hasta aquí la teoría albergada por el grupo de cuentistas desconocidos, pero que pronto dejarán de serlo. En el mismo número donde aparece la «Respuesta a Simbad», se publicó un cuento de Serrano, la mejor manera, según el autor, de contestar y decir lo que es un cuento. «La Historia de Antonio», fué leída y como la dirección de «Hoy» solicitara del público su opinión, recibió, a pocos días, innumerables cartas, «en la mayoría de las cuales se critica incisivamente la producción cuasi suprarrealista de Miguel Serrano». Quedó así iniciada la Polémica acerca del Cuento en Chile.

Se seleccionaron dos cartas. Una correspondiente a Carlos Droguett, que llevaba por título, «El Cuento: Cuentistas y Cuenteros» donde se analiza la teoría estética de Serrano, y critica «La Historia de Antonio». Por una parte encuentra razonable aquello de que «el cuento chileno no existe, y por tanto, no existen los cuentistas chilenos, o se están muriendo, y la familia no lo sabe», y agrega, «tendríamos que pegar largas puntadas en el género para reunir una docena de cuentos que rebasen las fronteras y los años». Luego opina sobre «La Historia de Antonio» y le niega la condición de cuento.

La otra carta seleccionada que se publicó en el mismo número de «Hoy», la firmaba Emilio Walther y tenía como título «Déme un cuento de Miguel Serrano». En esta se le atacaba duramente. Decía, si algún lector «es resistente y tiene la paciencia necesaria para leerlo, hará un gesto de perplejidad y no comprenderá cómo es que esa cosa figura como «cuento». «Decir que eso es un «cuento» es como llamar bosque virgen a la plaza de cemento construída por el señor Ross».

Miguel Serrano en otro número de «Hoy», publica una extensa réplica, con el título de «Literatura de Manos Negras». Se presenta ahora provocativo, incitadoramente agresivo y personalista. Vuelve a fundamentar sus teorías referentes al arduo tema del cuento chileno: «Afirmo y reivindico los puntos siguientes: 1.º Del cuento en general no puede decirse nada; 2.º El

cuento nace hoy en América nuestra y en especial en Chile; 3.º El cuento construido a base de realidades exteriores o impresionismo de estilo, no es un cuento; 4.º El cuento auténtico expresa un ansia redentora y nueva, una realidad renovadora, profunda, auténticamente nueva: sentimiento obscuro aún del nuevo mundo». Sobre estos cuatro puntos se explaya ampulosamente. Su tono de convencido tiene rasgos juveniles, caracterizados por una hiriente y pretenciosa arrogancia. Escribe con desenvoltura, despierta ideas, remueve conceptos. La sinceridad emerge tonificante, jubilosa por llevar adentro un ansia de espontánea revaloración. Su fin es el de encontrar, esforzadamente, un nuevo camino, y expresar la realidad de Chile a través del cuento.

Carlos Droguett contesta en uno de los números siguientes con otro artículo titulado «Dúplica sobre el cuento en Chile». Habla de algunos cuentos de autores chilenos ya consagrados por la crítica y el público, y los considera como tales «porque tienen ese substrato de lenguaje, raza, idiosincrasia, geografía, tiempo, que les proporciona un desvanecido color local, un grave—y no agudo—acento nuestro». Por otra parte, cree que los cuentos de Serrano no son chilenos porque no son reales, porque más bien son impresionistas, y a base de imágenes y metáforas. Con este artículo del mes de julio, se puso término a la polémica, un tanto agresiva, sobre la existencia del cuento en Chile.

No habían pasado cuatro meses, cuando Miguel Serrano aparece nuevamente en *La Nación* del 2 de octubre con un nuevo artículo «A propósito del cuento en Chile y de las Antologías». Se refiere largamente al cuento y repite de distinta manera lo dicho en la revista «Hoy». Luego trata con brevedad la antología «Los Cuentistas Chilenos», de Raúl Silva Castro, que había aparecido por aquellos días. La posición de Serrano es siempre desdeñosa, y excitante, polemizadora. «Nosotros, dice, teníamos entendido que una Antología debería, en parte, romper el molde tradicional de fría agrupación de nombres, para represen-

tar el calor o la unidad de algo, que si falta en los antologados tendría la obligación de dársela el antologista. Es la mínima condición anímica exigible a un antologista: la posibilidad de dar un calor, una intención, un sonido». Anota después que la Antología de Silva Castro no es de cuentistas sino de narradores. De esta manera combate el pasado, rechazando la calidad de cuentistas a los tradicionales como Federico Gana, Baldomero Lillo, d'Halmar, Maluenda, Santiván, Latorre, Durand, etc.

Al poco tiempo de este comentario, o sea unos dos meses después, publica Miguel Serrano su «Antología del Verdadero Cuento en Chile». En el Prólogo dice que su «único deseo es que se consiga respetar al cuento, tal como el poeta ha respetado a la poesía y el novelista a la novela». Luego se alarga en consideraciones que ya había dado a conocer. Repite de distinta manera su negación respecto a la existencia del cuento en Chile, y que con su selección comienzan a aparecer los cuentistas verdaderos. Vemos que sólo uno o dos de los antologados se habían dado a conocer en libros y en revistas. Todos poseen un acento suprarrealista. Nota ésta, un tanto desconocida hasta entonces. Veamos cómo acogió Alone, La «Antología del Verdadero Cuento en Chile». Después de un breve preámbulo enumera algunos cuentistas de renombre y prestigio que recuerdan a menudo las historias y ensayos literarios. Hablar de ellos, dice, «omitirlos o negarlos constituye una prueba flagrante de ignorancia o la exhibición de un prejuicio voluntario». Comentando el prólogo, continúa: «Son vagas teorías declamatorias y afirmaciones trascendentales»... El crítico, lee el primer cuento «Soliloquio infinito», y dice: «El título promete. Felizmente, no cumple sino a medias su promesa: finaliza, exactamente en la página octava. Es un infinito breve. En tan corto espacio, logra, sin embargo, dar la sensación de cosa que no empieza ni concluye». Después de leer los demás cuentos, observa lo siguiente: «La impresión general es la misma. El libro entero se diría pensado y escrito por una sola persona». De esta manera recibe Alone

la Antología. Se desprende de sus palabras, que el crítico se encuentra ante algo nuevo, ante un grupo de escritores que para él, escriben de la misma manera, que hacen gala de manejar bien las imágenes, que usan una técnica igual, y que el estilo de todo el grupo es el mismo. Esta observación constituye para nosotros un elemento para demostrar que algo nuevo caracteriza a esta generación de cuentistas.

Después de la Antología de Miguel Serrano, o sea en 1941, apareció una nueva Selección con el título de «Nuevos Cuentistas Chilenos». Su autor es Nicomedes Guzmán. El prólogo, las notas críticas y biográficas de esta nueva Antología son de mayor importancia que la anterior, tanto por el estudio que hace del cuento propiamente tal, como por sus apreciaciones de los cuentistas chilenos. Nos habla en primer lugar de lo que significa este género llamado cuento, luego trata la generación de 1900 y sus continuadores, con lo que demuestra conocer bastante bien la evolución de nuestros escritores. Da nombres, menciona los temas tratados, se detiene en la técnica, en el estilo. En la tercera parte de este prólogo-ensayo, se dedica minuciosamente a los Cuentistas Nuevos que ha antologado tan cuidadosa, como inteligentemente. Los cuentos son analizados por Guzmán con visible espíritu crítico, dándonos la idea del contenido de cada uno, y de su valor estilístico. En la última parte lleva a cabo una interpretación sobre «Lo social, el estilo y la nueva generación», donde se ven algunas consideraciones y alcances bastante ciertos con relación al momento social porque atraviesa el mundo. Los escritores presentados en su mayoría toman como base el medio en que viven y sus creaciones reflejan un estado de lucha, de delación, cumpliendo, de esta manera, una función social. Las opiniones de Guzmán frente a la vida son sinceras y honradas. Ahora, en cuanto a los jóvenes escritores que selecciona, la mayoría por no decir todos, merecen verdaderamente haber salido de su estado de anónimos, porque, según el antologador, «éstos que hoy queremos incorporar al conocimiento público,

se ejercitan y se forjan tanto horadando con los calicheros la dura costra de las zonas pampinas, como introduciendo al campo literario la honda humanidad, azotada de miseria, de los pequeños puertos, puliendo la magnífica piritita espiritual del hombre nuestro en función de «roto» y de ser legendario, o denunciando, a los ojos, el panorama ancho, gris y vital de nuestro lejano sur de luchas y de esencias». Puede verse que un nuevo espíritu anima a los nuevos narradores, que pronto se darán a conocer con obras que realmente llamarán la atención, tanto por el contenido, como por la técnica o estilo.

Nicomedes Guzmán no quedó satisfecho del todo después de haber dado a conocer a numerosos cuentistas que merecían con justa razón salir del anonimato, e impulsarlos, de esta manera, a seguir la carrera literaria. Es así que en 1945 inicia la publicación de algunas obras bajo el signo de «Colección La Honda». En el primer libro de cuentos de esta colección, dice: «Comentaristas, cronistas y críticos, además de un amplio sector del público, están de acuerdo en que las letras chilenas atraviesan por un período de franca renovación. Es así, en efecto. Pero, lo importante es que este fenómeno viene a satisfacer una vieja necesidad, más todavía, una exigencia pendiente desde hace largo tiempo en nuestros medios artísticos».

En este sentido Guzmán desarrolla una labor de mérito indiscutible. Gracias a él doce escritores de verdadero valor, se dieron a conocer. La Colección La Honda ha cumplido satisfactoriamente una necesidad, o sea, ha removido el ambiente con obras que tienen un sello de innovación técnica y estilística, y por otra parte, ha estimulado, con el éxito obtenido por las obras, a escritores jóvenes que bien merecían los honores de la publicidad.

La nueva generación de Cuentistas está representada por un número de más o menos veinte escritores. Aquí haremos la reseña de cada uno en forma breve. El espacio nos ha limitado, no dejándonos hacer el estudio que hubiéramos deseado, y que

merecen los jóvenes escritores. Los hemos ordenado alfabéticamente.

Mario Bahamonde—Hay un número considerable de escritores que nos han dado a conocer la vida de los campos. Tanto el escenario agreste y bravío, como sus hombres, costumbres, luchas, etc. El norte, poco a poco, lo vamos conociendo a través del cuento y de la novela. Cuando se estudie la región pampina, y la psicología de sus hombres será necesario servirse de «Pampa Volcada». Bahamonde ha hecho de su libro un verdadero documento. Sus interpretaciones dan a conocer aspectos en que se advierte un hondo sentido de chilenidad. Sus cuentos como «El Cara'e Picante», son de un valor inconfundible. Leyendo sus páginas conocemos la reciedumbre de un escritor que conoce su oficio. La pampa, como región novelesca, está reflejada con integridad, gracias al talento descriptivo, indiscutiblemente maduro del cuentista. Véase, su sencillez, siempre incitante por su construcción moderna:

«Vivimos en una tierra parda, llena de soledad. Abrense los horizontes más allá de las dunas y de las curvas aplastadas de los lomajes, y siempre la tierra se quema en un silencio triste de agonía. Es una tierra árida y bosca, donde los arenales se consumen bajo el sol implacable y donde las piedras desolladas hacen reverberar su fuerza calcinadora».

El valor de «Pampa Volcada», no reside sólo en las descripciones de los lugares en que se llevan a cabo las acciones de los protagonistas, sino también en el estudio de caracteres, y del drama humano en que vive una parte de la ciudadanía chilena.

Santiago del Campo.—Entre los escritores jóvenes, del Campo, con sus cuentos publicados en revistas y diarios, y especialmente, con su libro «No siempre Amanece», se ubica entre los representantes de la nueva generación. Por el tema de sus cuentos pertenece a la tendencia de los imaginistas, pero por los elementos primordiales, sus cuentos son más bien de calidad

psicológica. Presenta reacciones tan bien delineadas, con tanta destreza que sus exploraciones anímicas resultan muy por encima del frecuente y conocido cuento psicológico. Del Campo construye fuera de lo cotidiano y trivial. La prosa da la sensación de un espíritu selecto, agudo. Sabe imprimir categoría estética al lenguaje. Veamos un trozo descriptivo:

«Y la mañana vino. Los árboles enverdecían, destacándose más y más, como si el alba fuera un vidrio de aumento. Un vaho en el cielo, semejante al que pone una boca en los espejos, se iba disipando, barrido apenas por un sol pálido... Un pájaro, que parecía estar despertando el aire, revoloteó en abanico. Y luego, el olor de la tierra removida, con sabor a humedad frutal y a pólvora».

Este pájaro que despierta el aire, como esa humedad frutal y de pólvora, constituye la forma expresiva del autor. Son nuevos los ojos que miran el espectáculo de los elementos terrestres. Cuando describe las operaciones de la guerra, objetivamente brutales y sangrientas, nos hace sentir las cosas puras de la naturaleza con mayor claridad. En la página 113, como en la 137, describe con la misma agilidad que en otras páginas. En la 215, por ejemplo:

«La atmósfera parecía un horno volcado de donde brotaban vegetaciones brumosas, un vaho rancio y detenido, largas y flotantes manchas de neblina. Las últimas llamas iban ahogándose en el perfil exhausto de los muros... El silencio era una cosa dura que parecía hablar desde el corazón de los escombros».

La naturaleza de la guerra, como la vida de los hombres se nos presenta en dramática exposición. El cielo, el aire de los campos, contrastan con la tragedia de los hombres. Ese «Agente de Enlace», esa loca tan humana de «Lied», o esa inteligente «Ginnetta» son ejemplares, porque puede apreciarse la pericia del autor para fijar algunas reacciones de la mente.

Baltazar Castro.—El primer libro «Piedra y Nieve», está prologado por Alberto Romero. Sus palabras no son de compromiso. Penetra su mirada a través de la atmósfera de los cuentos y comprende que se encuentra ante una obra que es un documento específico de la realidad. «Fruto de una juventud noblemente madurada en la reclusión de la provincia que circunda a uno de los grandes minerales de Chile, «Piedra y Nieve» surge a la vida de las letras como el resultado de una vocación cuya existencia se define en contacto con el medio y los elementos que nutren la atmósfera anímica». La vida minera, que ya han presenciado, y novelado otros escritores, se encuentra aquí observada con sinceridad, con una noble comprensión del estado tradicionalmente inhumano en que viven los seres destinados al vicio, a la pobreza, y al drama.

La prosa en que nos aproxima esa conmovida y dolorosa gente, es sencilla, sin dejar de ser moderna e interesante. Las descripciones del ambiente, y las interpretaciones del lenguaje popular son ágiles, advirtiéndose seguridad para manejar la prosa:

«El sol reverberaba en las montañas pétreas y el cielo, como un potrero de rulo, hacía gravitar su influencia sobre los hombros cansados y exprimidos por el calor, moviéndose cansinamente con la expresión de animales sedientos. Unos cuajarones de nubes, arañando la comba azulada, los impelieron a levantar la vista, hendiendo la frente con surcos escrutadores».

Tres años después de la publicación de «Piedra y Nieve» aparece ante el público «Sewell», novela corta, donde amplía sus conocimientos de la vida de los minerales del cobre. En esta novela analiza con justa mirada el espectáculo que se desarrolla a su alrededor. La intimidad del drama colectivo compenetra tanto en los problemas humanos como en los de carácter social.

Oscar Castro.—Tres libros de cuentos nos dejó el poeta

Oscar Castro, como grato recuerdo: «Huellas en la tierra», «La Sombra de las Cumbres» y «Comarca del Jazmín».

No es el primer caso literario en que el poeta pase a ser cuentista o novelista. Unos abandonan el verso porque descubren que su vocación era la prosa. Pero es poco común que se triunfe en ambos géneros. Se ha visto que el poeta conquistó elogiosos comentarios como prosista, y que como prosista nunca dejó de ser poeta.

De esta manera, vivió Oscar Castro para dejar páginas deleitosas. Y lo hizo con tal acierto que los aplausos prodigados nunca fueron más merecidos. Sus cuentos deben recordarse tanto por el brillo y fluidez estilística, como por la amenidad de los argumentos, además por el apasionado amor que puso al trazar los destinos de sus protagonistas tan chilenos como la tierra rancagüina.

He aquí algunas críticas sobre sus libros:

«En efecto, Castro se mueve en el cuento con soltura. En los quince cuentos más o menos de que consta el libro, ha sabido crear algo que se mueve, que vive y no los acartonados paisajitos y las escenas más o menos sentimentalotas a que muchos nos tienen acostumbrados». (The Ripper. «La Hora»).

«Estamos seguros de hallarnos ante un escritor bien dotado, liviano y ligero en sus evocaciones, poseedor de un instrumento artístico medido y de una sensibilidad alerta y llena de matices en su prosa musical y metafórica. Estamos seguros de que Castro es de los que puede reiterar en la literatura chilena un acento poderoso y renovador con nuevos relatos, si la autocritica lo dirige y el halago no lo desconcierta. (Ricardo A. Latcham. «La Nación»).

«Los cuadros campesinos que nos ofrece están siempre realzados por un leve toque de imaginación y de poesía sin que por ello hayan perdido el duro aspecto, ni el sombrío y dramático desarrollo de los hechos que relata. Observa, analiza y pinta; su espíritu está presente en estos cuentos que son pequeñas manchas de color en el cielo rural de Chile». Carlos René Correa. («El Diario Ilustrado»).

«Es la impresión de equilibrio la que resalta siempre como nota dominante en estos cuentos campesinos que parecen trasuntar la realidad

viva y que entregan una versión ni aliñada ni desabrida. Equilibrio en la vida profunda de las almas, en los motivos de la pasión y en las tentaciones que la vida ofrece y equilibrio en el lenguaje, sereno y claro cuando la ocasión lo exige y algo brusco y como restallante cuando las circunstancias lo aconsejan». (Raúl Silva Castro. «La Segunda de Las Últimas Noticias»).

«Todos los relatos de Oscar Castro terminan donde deben. La escuela criollista, específicamente nacional, la más representativa de Chile, alcanza en él un brote inesperado, y echa una flor fresca. Acaso diríamos mejor un capullo, realidad y promesa. Sólo le falta desplegarse, no temer. Posee las dos condiciones fundamentales, el arraigo en el suelo, la vitalidad jugosa, el nervio vivo, justo y sobre esa «vigorosa desnudez» el «diáfano manto consabido». (Alonc. «El Mercurio»).

Teófilo Cid.—El título de su colección de cuentos «Bouldroud» no nos dice nada. Leyendo comprendemos que se trata de unos de los personajes. La imaginación de Cid es despierta, desembarazada. Rompe lo vulgar, y poco a poco nos acostumbra a cierto irrealismo de prolija observación. Da impulso y calor a los ensoñadores. Es un ambiente con fisonomía original que inquieta e interesa. En forma inteligente presenta los matices de la vida interior. Los personajes, más que seres que caminan por la calle, actúan con sus problemas interiores. Lleva a cabo la pintura mental de los individuos. La anécdota como espectáculo y fines de popularidad no interesan al autor. Más bien sostiene sutilmente ese mundo psicológico que vibra al contacto de la realidad. Es la vida y el misterio de la amargura y de la alegría. La lectura de «Bouldroud» da al espíritu una sensación de sinceridad artística. En la página 69 hay el siguiente estado de alma:

«En ese instante se hundió el broquel de mi orgullo y toda la amargura de años, depositada como un verdor de musgo sobre las potencias de mi alma estalló en sollozos. Soledad interior para la soledad externa de un mundo girante, de ópalo. Sí, de ópalo, porque allí toda imagen de sujeción a un color se pierde y hay olas de inquietud, de matices sobre el riante tornasol de la concha de perlas, y esas olas son las mismas que re-

pliegan en la escoria del desierto las luces de un sol de espectro, carnal y vengativo».

La técnica suprarrealista es para Cid el arma primordial, es así que muchas sensaciones se deben a esta técnica. En muchos casos estampa, con delicadeza o primitivismo, la vida sensual. Lo amoroso queda embadurnado por pasiones de maligna crueldad. Surge, a veces, un espontáneo brillo de sus imágenes, notas sugerentes, que el lector corriente no comprenderá como tampoco su razonada introspección. Estos cuentos suprarrealistas presentan un marcado carácter subjetivo, difícil. Nada tiene de extraordinario que desconcierten. A veces el hombre sufre estos estados anímicos, y no encuentra explicación a sus emociones.

Francisco A. Coloane.—El primer libro publicado por este autor fué «Cabo de Hornos», colección de cuentos que mereció el Premio Cuarto Centenario de Santiago. En estos últimos años, pocos libros han tenido un éxito tan rotundo y un número de ediciones como «Cabo de Hornos». Es lo que se llama un verdadero golpe o revelación literaria. Los críticos y comentaristas lo elogiaron sin reservas. Y esta sorpresa se debió al mundo extraordinariamente nuevo que presentó el escritor, y al personal estilo con que dió a conocer la zona austral. Que si bien había sido tratada no lo fué con esa autenticidad y realismo con que aparece en «Cabo de Hornos». Es que el autor vivió en esas regiones; tuvo contacto directo con la naturaleza y con los hombres, y llevó a cabo aventuras que le dieron una experiencia nada común, de donde nace su originalidad espiritual, su tono de reciedumbre, de explorador inquieto luchando en escenarios bravíos. Uno de sus cuentos más personales es «La Voz del Viento»; y también «Cururo», comienza así:

•Galopaban los jinetes a través de la noche, sobre una meseta azotada por la nieve, apedreada de granizos, herida por el viento. Iban cinco ovejeros sobre unos caballos oscuros, altos y vigorosos, seguidos por ocho

perros que trotaban en grupos de a pares, al lado de las patas de las cabalgaduras de sus amos. Aquel grupo de hombres y bestias avanzaba como una extraña sombra en la noche tormentosa.»

A medida que leemos, el interés se va haciendo más grande. Llaman nuestra atención los personajes y el escenario. Aparecen los cazadores de lobos, los ovejeros y los pescadores, todos en una lucha anónima y feroz. El alma de la zona austral la conocemos gracias a la certera pluma del narrador. Una fuerza primitiva hay en los hombres, como una inteligencia despierta en los animales, perros, caballos, los más leales y fieles camaradas, en esos parajes desolados. Contemplamos una lucha abierta contra los temporales del mar, la adustez de la tierra, la inclemencia de la nieve y el viento. Motivos que comunica con emoción evocadora.

«Golfo de Penas», el segundo libro de cuentos deja en el ánimo las mismas impresiones estilísticas y técnicas. Intensidad emotiva y realismo escénico. Su «Golfo de Penas», y «La Botella de Caña», son dos creaciones llenas de humana intensidad.

Gonzalo Drago.—La crítica recibió su colección de cuentos mineros «Cobre», con la satisfacción de ver que nacía un nuevo prosista de importancia. Los comentarios dieron a entender que su primera obra mostraba ya la madurez de un espíritu moderno y realista. Sus interpretaciones de la zona minera poseían audacia y al mismo tiempo, un impulso de intencionada delatación. Los cuentos de Drago están basados especialmente en la vida del campamento de El Teniente. Habiendo trabajado en él, conoció de cerca, más bien palpó, la angustia y la ruindad humanas. Es por esto que describe emocionadamente y con vigor esa existencia de esfuerzo y dolor proletarios. Pinta, por una parte, el espíritu fatalista en que cae nuestro pueblo, y sus razones; describe la injusticia y la explotación; el menosprecio con que miran a los obreros, el arribismo de unos cuantos que, a pesar de las humillaciones, continúan serviles hasta lograr si-

tuaciones más o menos ventajosas. «Cobre» contiene una parte de nuestra vida nacional que permanece en un dramático abandono y en inferior condición a la humana. He aquí un instante de unos de los personajes:

«Suárez decaía visiblemente. La enfermedad que roía sus pulmones avanzaba lenta pero segura. Más pálido y débil que nunca, había caído en un marasmo silencioso del que sólo salía para quejarse blandamente:

—Esto va cada día peor—era su estribillo habitual. Si me muero le avisan a mi madre».

Drago, en los cuentos de «Cobre», no llamó tanto la atención por su estilo como por el contenido humano de sus personajes. En la segunda obra «Una Casa Junto al Río», que reúne tres cuentos, logra superarse visiblemente en su forma expresiva. Eso sí que estilo y fondo van unidos ahora por una cálida emoción. Los argumentos se presentan con liviana desenvoltura. Los personajes del segundo libro son verdaderos retratos psicológicos de nuestros hombres del pueblo. Algunas de sus virtudes aparecen en forma plausible.

Eduardo Elgueta Vallejos.—El aporte que da este autor al género del cuento es de importancia. En su obra «La Noche y las Palabras» puede observarse una faz nueva y vieja a la vez. Pocos, seguramente, habrán diferenciado las características de estos cuentos para definirlos como «realistas». Pero críticos y comentaristas clasifican con la etiqueta de «criollistas» a todo aquel que describe la vida campesina de Chile. El ritmo pausado y objetivo, el hecho pintoresco, la descripción morosa y apasionada del paisaje, quedan, intencionalmente, un tanto al margen, del mundo vivo y palpitante que describe Elgueta. El autor poseionado de una existencia vivida, gozada, y sufrida, no hace otra cosa que iluminarla y dar relieve a esa existencia. Los vagabundos y sus malandanzas, la contemplación de la naturaleza del sur, las faenas agrarias, el contacto con los trabajadores de

la tierra, la comprensión del drama humano y tantos otros motivos se encuentran estampados en esta obra de franca hondura existencial. El lenguaje literario es firme y bellamente construído:

«Mi primer recuerdo tiene un puente de maderas pardas, un camino que reptaba por las pastadas maduras, un sauce, y tal vez un trozo de agua bruñida en un raudal del río. Todo esto bajo un sol oblicuo y estival. Es cierto que más tarde los caminos me convidaron hacia su corazón inalcanzable y aprendí a rumiar la angustia y sofrenar la duda, y supe que el corazón se hace rígido porque en su interior pugna un sollozo que de escapar podría romperse junto con la vida».

Las interpretaciones que efectúa Elgueta de algunas costumbres nacionales como «La Cueca», y «La Marca del Lazo», son de gran originalidad, pues se observa un «subjetivismo realista», nota o dimensión expresiva, que indica la diferencia de la técnica «criollista».

Leoncio Guerrero.—Uno de nuestros mejores críticos, Domingo Melfi, puso atención en el libro de cuentos de Guerrero titulado «Pichamán». En crítica extensa, se refirió, primero brevemente, al cuento campesino, y vió algunas diferencias entre el estilo del nuevo cuentista de «Pichamán» y el de los «ruralistas» como él llama a los «criollistas». «No podemos decir que Guerrero siga las huellas del escritor más destacado entre los ruralistas, pero se acerca en su percepción del campo», «más bien, intenta realizar la otra etapa de la pintura del ambiente campesino, la subjetivación». He aquí la nota importante para ver que los escritores jóvenes aportan una nueva manera de ver el escenario campesino. No interesa tanto lo típicamente decorativo, el ropaje exterior, el colorido o la pirueta pintoresca, sino que la importancia reside en la pintura del espíritu secreto del hombre de los campos. Donde se puede ver la sensibilidad y la técnica, la profundidad individualizadora de Guerrero, es en «El Fantasma», en «Útiles de Labranza», o en «Arrastrando el Poncho».

Crítica mordaz y sarcástica en el primero, en el segundo sátira intensa, de carácter social, y plenitud tal en el tercero que lo hacen digno de toda antología chilena o hispanoamericana. Magnífica su ejecución. Cada personaje lleno de relieves psicológicos. El escenario puede verse captado en todos sus matices. La forma de su estilo queda exenta de rebuscamientos, por el contrario la sencillez puede admirarse en este trozo del paisaje de Pichamán:

«Cerros, cerros, cerros divididos en dos grandes piños por la huasca azulada del río. Inútilmente busca la vista un remanso de tierra. El sol, eje del paisaje, estruja las horas con la ferocidad de un mediodía de verano. El silencio crece, se expande, se acurruca entre las viñas, se recuesta en los sandiales. A veces, una ráfaga de viento, prófuga de la siesta, trae, desde la hondonada, el cantarino eco del Maule. Una que otra carreta pasa cantando con la voz aflautada de sus ruedas. Mujeres autómatas manotean en las laderas lejanas».

Nicomedej Guzmán.—Después de haberse dado a conocer ampliamente y haber obtenido éxito con dos magníficas novelas, el autor publicó una colección de cuentos «Donde Nace el Alba», 1944, y al año siguiente «La Carne Iluminada», que contiene dos narraciones o cuentos.

Estos dos libros nada tienen que envidiar a sus novelas. Tanto el contenido humano como la trama han sido llevados con propósitos certeros. Los cuentos, por ser breves, o contener menos escenario no dejan de tener importancia como obras de arte. Hay quienes desdeñan este género y miran a sus cultores como a hermanos pequeños. Guzmán, en el cuento como en la novela, siempre será considerado como un prosista de primera magnitud. No usa una técnica de tratado retórico, ni se aleja de ella. Posee independencia para contar, describir ambientes, y dar vida a sus personajes. Estas características informan del talento y la originalidad del escritor. Su manera de exponer es agradable, a pesar de que envuelve en una atmósfera de dramática vida. Presenta

el arrabal, el hombre y su familia, la mísera existencia, la tristeza y la amargura ennegrecida, aún más, por rebeldías que no afloran y se mantienen en el alma como hirviente oleaje. Es un intérprete realista del conventillo.

En «Donde Nace el Alba» hay dos cuentos que llaman la atención tanto por el conmovido sentimiento que despiertan como por la forma estilística. Ellos son: «Ternura», y «Extramuros».

«La Carne Iluminada» contiene dos cuentos o narraciones: «Rapsodia en Luz Mayor» y «Una Perra y Algunos Vagabundos». Veamos cómo presenta a Duquesa, motivo central del argumento:

«Ella, la perra, era un animal más bien crecido, que no pequeño. Flaca de piernas, de flaco cogote, de aflautado hocico, de pelaje mordido por una vieja tiña que nadie tuvo la dulce ocurrencia de curar. Veámosla ahora en un instante cualquiera: El atardecer, después de una vagancia dura y angustiosa, la encontró en lugares desconocidos. Su ser se contraía y convulsos estremecimientos la zamarreaban. Era tiempo de buscar un refugio. Y empezó a caminar ahora, rozando el cuerpo contra las murallas. A veces se disponía a echarse en cualquier lugar, pero el instinto la impulsaba al sacrificio de errar».

Gonzalo Mera.—Los cuentos del autor fueron prologados por el poeta Juvencio Valle. Hay en su libro «El Solitario maravillado» una cualidad que bien podría pasar inadvertida, y es cierta delicadeza espiritual para escoger los temas. «Cuasimodo», es un personaje tratado con una atención y prolijidad notorias. Es un caso psicológico que desenvuelve con naturalidad. Deja una impresión indefinida de angustia, un efecto que suele sentirse al mirar ciertos tipos contrahechos, y que, sin embargo, impresionan por su gestos un tanto anormales, pero que en su interior llevan un sueño y una realidad limitados. Por el desarrollo y estudio del personaje, Gonzalo Mera, demuestra espíritu de observación, y adiestramiento en fijar las reacciones de la mente. Unos de sus cuentos «Mirza» comienza así:

«Se le había fugado la soledad y no conservaba nada. Un tiempo, como tantos otros, alimentó también una esperanza: pero ¡qué hacerle!, he aquí que un día cualquiera incurre en la debilidad de depositarla en el corazón de una mujer, y ya no le fué devuelta».

«Tío Schnauder», «Vieja Casa», «Presencia Fija», son cuentos de rara experiencia. Realiza en ellos la pintura de algunos sentimientos, como la ternura, el desengaño, la timidez. El espíritu que se vislumbra en Gonzalo Mera despierta la cordialidad. Es el motivo por el cual Julio Barrenechea prologó su primer libro, y por lo mismo que Juvencio Valle describe la estampa gentil de Mera en «El Solitario Maravillado».

Luis Merino Reyes.—Nos llamó mucho la atención cuando apareció la colección de cuentos «Los Egoístas» de Merino Reyes. No esperábamos que publicara prosas debido a que sus tres libros de poesía le habían dado lo que todo autor espera, o sea el éxito. Leímos atentamente su obra, y nos dejó una impresión de mesurado equilibrio literario. Cada cuento tenía una base psicológica. La vida del hombre de la ciudad, con sus problemas económicos o espirituales sirvieron a Merino Reyes para presentar argumentos llenos de interés. Lo que observamos fué que los personajes poseían ese carácter que imprime la vida cotidiana. Muy reales en su lucha diaria, y en sus emociones. Vivían y estaban atentos únicamente a su propia situación. Era el «egoísmo» lo que primaba en los protagonistas. Algunos sucesos estaban logrados en tal forma que repercutían en nuestro ánimo los efectos que el autor deseó, seguramente, imprimir. El desengaño, la irritación, la cobardía, el egoísmo, el orgullo, la negligencia. Aspectos psicológicos que indicaban el adiestramiento del cuentista. He aquí lo que dice un desilusionad

«Yo sé mi problema, y me he convencido de mi absoluta soledad. Se uede ser virtuoso en el fragor del mundo».

Los seis cuentos de «Los Egoístas», corresponden por sus cualidades, al género denominado cuento psicológico.

A los cinco años de haber aparecido «Los Egoístas», publica otro tomo de cuentos «Muro de Cal». La crítica saludó a Merino Reyes como a un cuentista de gran don narrativo. Gonzalo Drago dice que es «una magnífica y fresca muestra de su espíritu inquieto, incursionando con éxito en el campo de la prosa».

«El Retorno», «Ultima Guarnición» y «Soliloquios del poeta Nelson» son los cuentos más logrados. El tercero comienza de la siguiente manera:

«Mi apariencia física es débil, la voz sale de mi garganta con extrema timidez: mi conducta provoca, a veces risa, que retribuyo con odio puro y frío, de la mejor ley. Esa capacidad de odio, o más bien de desprecio contenido, es el secreto de mi éxito».

En los dos libros de cuentos aparece la noble altivez del autor; su fuerte espíritu, y un desacostumbrado valor para presentar cuadros de la vida social de nuestros días.

Raúl Norero.—Los cuatro cuentos de este joven escritor son el reflejo de un profundo conocedor de la región chilena llamada Norte Chico. Compenetrado del escenario y poseedor de incuestionables dotes de narrador, da en sus páginas calor humano y emoción espiritual. Con «Sinfonía en Piedra» dice Guzmán, nos encontramos ante un humilde jirón de aquella tierra chilena que, acaso por hosco, primitivo y atormentado, no obtuvo el beneficio de la civilización y menos la preocupación del político profesional». El abandono se hace presente en el esfuerzo y el sacrificio de esos seres ensombrecidos. El agudo, y sobrio cuentista delata la resignación de los mineros que llevan sus males como una predestinación. Con soltura interpreta al «hombre de los cerros que lo mismo pudiera ser un terroso cacto más, entre los auténticos, a la vera de las huellas calcinadas». «Sinfonía en Piedra» posee las características indispensables para ubicar

al autor entre los mejores cuentistas de la nueva generación. Recortemos las pinceladas sugerentes de un rancho:

«A unos cincuenta metros del camino, que no es más que una huella en la inmensidad de la llanura reseca, agazapado detrás de una leve ondulación del terreno, que lo defiende, en parte, del delgado y penetrante viento de la noche, el rancho es una concreta afirmación de vida, en medio de tanta inclemencia. El rancho parece que estuviera ardiendo sin llamas, en una agonía de ceniza caliente».

Edmundo de la Parra.—Han pasado ocho años desde la aparición de «Consejas del Gran Río». El autor no ha dado a la estampa otro libro a pesar de que obtuvo comentarios halagadores. En 1941 preparaba un libro de cuentos: «En Nuestros Días Antiguos», que debe conservar inédito.

«Consejas del Gran Río», es una incursión a lo más típico de nuestra tierra, a la región bañada por el Bío-Bío. Con apasionamiento interpretó los cuentos populares, las tradiciones y fantasías. Dieciocho cuentos forman el libro. Cada uno de ellos está construido con elementos inverosímiles que dan gracia y fluidez a la narración. En el titulado «Un Pequeño Dios Persigue la Ventura» el personaje central tiene por nombre «el sorprendido». Es este un personaje que huye de la ciudad hacia la vida montañosa del Sur.

«El tren donde venía «el sorprendido», después de recorrer cerros y pildorizar el tiempo, largó su agudo anuncio y el pueblo punta de riel apareció detrás de la ramazón de las quintas, con sus modestas casas. El sorprendido camina por algunas calles y tropieza con varias cocinerías. «Elegió la del título más rangoso «El Buey Lacho». Aquí le suceden algunos accidentes inesperados con la gente del pueblo. Se va a caballo hacia el campo».

«El amplio valle venía a sus ojos. Hablaba consigo mismo y saludaba a los pájaros. Algunos fillos de paja asomaban sus puntas de dedos amarillos en las vegas; y al lado derecho, la franja tórtola del Bío-Bío, corriendo en medio del paisaje».

El fino buen humor de Edmundo de la Parra es de considerable importancia para poder apreciar su obra. Tiene gracia para relatar algunos hechos y cierta ironía para ridiculizar algunos sentimientos como el desamor, pongamos por caso. El mérito de sus consejas reside en el liviano sentido humorístico que es donde alcanza efectos indiscutibles.

Vicente Parrini Ortiz.—Muy pocos escritores se han especializado en el cuento o en la novela para niños. La aparición de «Había una Vez» fué motivo para escribir especialmente sobre tal materia. El libro de Parrini tuvo una acogida cordial, estimulante, palabras donde se reconocía a un nuevo cuentista de valor. En realidad «Había una Vez» está realizado con madurez estética, y psicológica. Conoce el autor el alma infantil. Y ha observado la evolución espiritual ante ciertos hechos emotivos. De ahí que el cuentista sepa dar lo que el niño necesita. El estilo sin perder calidad literaria se ha apropiado del espíritu del niño y los motivos han sido rigurosamente escogidos para satisfacer la fantasía y para que participen, emocionalmente, en el escenario de la realidad o de la maravilla. Cuando cuenta «Agua y Caracol», o «La Biografía de mi Trompo», luce singular maestría. Son cuentos de calidad evocativa y recreativa. Hay otros en que la acción se desenvuelve en un clima de irrealidad pero que el niño sabe comprender por estar dentro de su mundo de juegos. He aquí una conversación, entre el niño y el trompo:

—Mira, Trompo, cuéntame dónde naciste y quiénes son tus padres.

Me miró con sus ojos vivarachos, llenos de sorpresa. Luego, mientras terminaba de limpiarse su único zapato de metal, me dijo:

—Como eres un niño inteligente tienes que ser curioso. Has de saber «Pepc-flauta», que nací en la casa de un humilde carpintero, mi cuna fué un lindo torno. Mi padre se llamaba Serrucho, mi madre Madera. Las manos de Lija me cuidaron y me educaron. Pero fué Soguilla, mi amiga y novia, la que me enseñó a ser bailarín».

El Volantín o La Locura de Volar es un logrado trozo, tanto por la frase flúida como por la creación del tema.

Un año después, el autor de «Había una Vez» lanza otra colección de cuentos: «Infancia Robada», que el P. E. N. Club de Chile considera el mejor libro del mes. Las narraciones recogidas en este volumen, aunque están dedicadas a los niños, son para grandes. Eso sí que la mayoría de los personajes son niños que han sufrido la crueldad de un destino adverso. La vida infantil ha sido puesta con gran sensibilidad artística, lo que permite considerar la importancia del nuevo cuentista en nuestra vida literaria.

Andrés Sabella.—En los cuentos de «Sobre la Biblia, un Pan Duro», pueden verse tres aspectos bien marcados. La imaginación, despierta y ágil, alimentada e iluminada por el fuego de la poesía. Imaginación que se desborda con alegría, impetuosamente. No hay esfuerzo mental en las concepciones. El poder imaginativo de Sabella es, sencillamente, poderoso e inimitable. Al leer sus narraciones nos damos cuenta de que escribe con deleite. No se le presentan, al parecer, dificultades, en los argumentos. Domina, con facilidad, lo que se propone y construye y ordena su fantasía milagrosa. El segundo aspecto reside en el estilo. Tiene una forma expresiva original, sugerentemente bella. Y es que escribe a base de figuras literarias, imágenes, metáforas, etc. Sus sensaciones y sus ideas las describe de una manera poco común. Usa un mágico juego de palabras que le da un clima especial. Su estilo puede decirse que es inconfundible e inimitable. El tercer aspecto lo constituye el material, o sea la temática de sus narraciones. Toma de la vida hechos amargos, dramáticos cuadros que no dejan de existir a pesar de los años, y de la evolución económica y político-social. El «El Cielo Colorado» presenta la existencia triste, y el desamparo en que se encuentra una parte de nuestro pueblo. Y como contraste señala la opulencia y la felicidad de otros. Este choque de situaciones está trazado con

novedad desde el punto técnico. He aquí cómo se presenta el dolor, la esperanza y la angustia:

Distraídamente, la Virgen María se encontró vagando en los comienzos de la tierra. Lejanos arcos de humo oscurecían la distancia. Un ruido potentísimo llegaba de lejos y ponía en sobresalto su corazón. Con paso quedo, abandonó las postreras arenas celestes y se internó en el mundo.

Una callejuela mal empedrada conducía su figura grácil. El cielo parecía un ala demasiado crecida. Le disgustó el aspecto de las casas. Eran tristes, sucias. Y, cuando encontró a los primeros moradores, estuvo a punto de desmayar de angustia».

De esta manera, nos va internando, armoniosamente, por los caminos de la injusticia terrenal y por la ilusión de una esperanza que se endurece cada día como «un pan duro sobre la Biblia».

Miguel Serrano.—Consideramos al autor de «La Epoca Más Oscura» como un gran animador del ambiente literario, por sus artículos combativos, que lo dieron a conocer en 1938. Este animador literario ha continuado por el mismo camino suprarrealista hasta 1941, pero desde esa fecha, se advierte su madurez intelectual. Ha logrado, en parte, lo que preconizaba hace tres años. Sus cuentos tienen un carácter original, poseen una atmósfera poco conocida, hay una voluntariosa fantasía que transporta hacia lo enigmático. Sus cuentos están tejidos con elementos irreales y humanos. Crea así un singular ambiente. El misterio del alma junto a la acción de la vida, fluyen por un cauce de sólida construcción retórica.

El narrador, observa un paraje. Veamos cómo lo interpreta:

«Tierra serena en su mal, con sus superficies fatigadas de fiebre interior, con sus montañas duras, blancas en las horas, picadas de incansable hierba, de tantos espinos, de quiecos y, allá arriba, un estero bordeado de álamos distintos, no en ese diálogo tranquilo y corriente de sus hojas, sino escuálidos, como flacos ancianos o perros de esa tierra, desarreglados por el viento incansable de la altura».

Siempre se ha tenido a los suprarrealistas como escritores oscuros, caóticos, ilógicos. Serrano que usa esta técnica no deja de ser claro. Sabe dar sus toques, y se impone, a pesar de las mágicas sensaciones que despiertan sus figuras literarias.

Guillermo Valenzuela Donoso.—Cuando se escriba sobre la novela y el cuento con relación al mar, Valenzuela será uno de los autores escogidos por su obra titulada «Por el Ancho Camino del Mar». Y habrán de estudiarse sus cuentos no sólo por el hecho de que tratan del mar, sino porque tienen ellos méritos sobresalientes. Tanto por su prosa que es sencilla, ágilmente moderna, como por la pintura de los protagonistas. El autor ha vivido con la gente de mar y ha tenido la oportunidad de conocerla a fondo. De ahí que sus personajes, psicológicamente, estén presentados con rasgos certeros. Sus narraciones son de aquellas que nos transportan a escenarios novelescos gracias a su marcado realismo. La vida le ha ofrecido experiencias que ha aprovechado en excelente forma. «El Tiburonero», es uno de los cuentos que logran comunicar el tipo de hombre de mar:

«Traía pecho y brazos desnudos, en donde a cada paso saltaba una musculatura limada por el sol. Mi abuelo al verlo abrió desmesuradamente los ojos y dijo con admiración:

—Es un marinero.

Yo entonces no sabía del mar, más de lo que por largos años estuvo diciéndome una acuarela que en la cresta de una ola: hacía bailar la arrogancia perdida de un bergantín. Sentía miedo, quizás terror de esa inmensidad azul, que después he llegado a querer con ternura».

La sencillez, el don comunicativo, su precisión para interpretar, es lo que resalta en la obra de Valenzuela. Sus «Dos Camaradas», y «La Araña» son relatos de un auténtico marino que se ha hecho escritor.

Otros cuentistas de la nueva generación.—Siempre que se lleva a cabo un estudio, o se bosqueja algún aspecto literario quedan fuera nombres tanto por la premura del tiempo, como por falta de bibliografía. Hay cuentistas que debían figurar por sus méritos pero no ha sido posible incluirlos por una u otra circunstancia. Recordaremos, por ejemplo, a Ernesto Eslava que en 1938 publicó su colección de cuentos «Melillanca», donde presenta tipos psicológicamente observados, logrando una vigorosa estampa del mapuche, supersticioso y rudo como la selva del sur. Otro narrador: José Miguel Varas Morel, que fué señalado por el P. E. N. Club de Chile como el mejor autor del mes por su libro «Cahuín», merecería igualmente, un punto aparte. Juan Donoso, Euclides Guzmán, Abelardo Barahona también debían figurar entre los escritores de la Nueva Generación, pero sus cuentos están desparramados en revistas y diarios de diferentes fechas. Algún día serán estudiados, previa investigación de fuentes y fechas de publicación.

Al detenernos frente a cada autor hemos visto que cada uno realiza su obra por caminos distintos o que van por cauces iguales. Hay, más o menos, cuatro corrientes literarias visibles: Los Suprarrealistas, como Serrano y Cid, Los realistas como Guerrero, Elgueta, Guzmán, Oscar Castro; los psicólogos como Merino Reyes, Mera, Del Campo, Bahamonde y Parrini. Los sociales, como Drago, Guzmán, Baltazar Castro, Valenzuela, Norero. Los imaginistas, como Sabella.

La Nueva Generación de Cuentistas cumple su deseo de captar la realidad chilena, con técnica y estilo nuevo. Unos con mayor perfección que otros; pero todos animados, por un deseo de superación. Todos jóvenes nacidos, en su gran mayoría, con posterioridad a 1910.